Reflexiones en el Quincuagenario de las Naciones Unidas: un ambicioso sueño para la paz

Capitán de Fragata
José Patroni Pastor



ANTECEDENTES

Desde los inicios de la historia escrita, hacen ya 2,500 años, a la humanidad le ha tocado vivir alrededor de 1,600 conflictos bélicos. Estas guerras despertaron muy pronto la nostalgia de una paz perdurable, confeccionándose minuciosos proyectos para ello. Con la creciente internacionalización de las acciones bélicas se tornó apremiante la disponibilidad de un orden de paz internacional. Desde fines de la primera guerra mundial, en 1918, se dejaron escuchar voces abogando por un mundo libre de daños.

El primer intento fracasó debido a la arrogancia, las imperfecciones y el abandono de los vencedores. La inflexibilidad de los Tratados de Paz de París y la crisis eco-

nómica de diez años después contribuyeron a preparar el terreno para el advenimiento de Hitler. La Sociedad de las Naciones, que hubiera podido consolidar el orden de paz de la postguerra, fue, desde un principio, un cuerpo mutilado, privado del ímpetu vital necesario a causa de la política aislacionista americana de los años veinte y treinta. Cuando Japón invadió China, así como Italia a Etiopía, y Alemania a Checoslovaquia y Ausrtia, fracasó por completo la Liga de Ginebra. La Sociedad de las Naciones fue incapaz de poner freno a las ansias bélicas de Hitler. La consecuencia fue la segunda guerra mundial, en la que el conflicto del Pacífico se combinó con el europeo para formar una única y desvastadora corriente marcial que duró poco menos de seis años, y que hizo que intervinieran casi medio centenar de países en todos los confines del mundo, costando la vida de cincuenta millones de personas y sembrando terror y destrucción por doquier. Al final de la guerra, los vencedores estaban agotados y los vencidos debilitados. Una vez más, los hombres de Estado pusieron manos a la obra para establecer un orden duradero de paz mundial, volviendo a invocar el sueño de un mundo de paz general.

NACE LA O.N.U.

El 25 de Abril de 1945, representantes de cincuenta países se reunieron en la ciudad de San Francisco para formular el texto de la Carta de las Naciones Unidas. "Preservar a las generaciones futuras del azote de la guerra", era, según los Estatutos de la ONU, el fin intrínseco de la nueva organización mundial, aprobada el 25 de Junio de 1945. La victoria sobre las potencias del Eje habría de convertirse en una victoria sobre la guerra en sí. El Capítulo VII de la Carta preveía la creación de un eficiente instrumento de paz.

No faltó alguien quien alimentara sueños todavía más audaces. Dos años después de la bomba sobre Hiroshima, el "New York Times" publicó un artículo afirmando que la protección definitiva contra las armas atómicas radicaría en la abolición de las guerras, cosa que a fin de cuentas, sólo se conseguiría a través de un gobierno mundial. En vista de las armas nucleares existentes, la humanidad no podría permitirse ninguna otra guerra, pues ello significaría el final de nuestra civilización. Un idealista pedagogo norteamericano, llamado Robert M. Hutchins, argumentaba, en 1947, que la implantación de un gobierno mundial era factible, en tanto que necesario. Sin embargo, en el momento de escribir estas frases ya se había desperdiciado la oportunidad -si es que alguna vez la hubo- de hacer realidad este sueño.



Abril de 1945: en San Francisco se firma la Carta de las Naciones Unidas, que es leída por el Presidente de los EE. UU.

Para ello hubiera sido necesario contar con la conformidad de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad: Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China; a los que la carta otorgaba el derecho de veto y con el cual podían evitar cualquier acción dirigida contra ellos mismos o capaz de perjudicar los intereses de sus respectivos aliados y protegidos. El sistema sólo podría haber funcionado si estos cinco países hubiesen sustentado la misma opinión. Lejos de ello, fue entonces cuando empezó la guerra fría entre Este y Oeste. Así, en lugar de un mundo surgieron dos, a los que, una vez iniciado el proceso de descolonización, vino a sumárseles el Tercer Mundo de los países recién independizados, no tardando este último en ser arrastrado por la corriente del conflicto Este-Oeste. Este conflicto, de dimensiones gigantescas, privó a la ONU de toda oportunidad de establecerse con carácter de potencia autónoma.

En Occidente, el imperativo de oponerse a la pretensión soviética de ejercer la hegemonía mundial relegó pronto a un segundo plano el pacifismo organizado y el entusiasmo por un "mundo único" de los primeros años de la postguerra. Por otra parte, en el Este nunca había existido la menor inclinación a confiar la propia seguridad a una organización internacional en la que llevaban la voz cantante los países del capitalismo monopolista. Stalin no pensaba ni remotamente en sacrificar sus ambiciosos planes en aras de ese mundo único, a no ser

que se tratase de un mundo comunista.

Fue así, como en 1947/1948, volvieron a ponerse en juego los mismos intereses y ambiciones, pretensiones, ansias y política de poder. Debido a que entre Norteamérica y Rusia, a las que pronto se les denominó "Superpotencias" debido a sus arsenales de armas nucleares, existían grandes desavenencias, el sistema de la ONU era incapaz de funcionar. El estallido de la guerra fría convirtió a la organización en un ente ineficiente. Hasta 1989 se hizo uso del derecho a veto en 279 ocaciones: con anterioridad a 1960 recurrieron a él solamente los soviéticos, a partir de entonces, en la mayoría de los casos lo hizo Occidente.

De este modo la ONU tuvo que observar impotente el surgimiento de conflictos entre las superpotencias. En cambio, sí lograron conquistar un campo de acción como instancia de conciliación en caso de diferencias que carecían de importancia para la confrontación mundial entre el Este y el Oeste. Ejemplos de su provechosa intervención los ofrecieron, ya en sus primeros años, Siria y Líbano, Irán, Egipto, Palestina, Indonesia, Cachemira, y más tarde, Chipre. Entre 1948 y 1987, las Naciones Unidas intervinieron con 13 misiones de paz en cuatro continentes, si bien "peacekeeping" no significa otra cosa que el envío de pequeños contingentes multinacionales de cascos azules (como máximo 2,000, generalmente menos de 500 hombres) con el consentimiento de las partes contricantes. Tareas más amplias no tenían. Aunque estas misiones fueron en ocasiones una verdadera bendición, nunca lograron que se perdiera de vista el hecho de que la organización mundial, durante el conflicto Este - Oeste, había fracasado rotundamente en la tarea que se habia autoimpuesto: acabar de una vez con el azote de la guerra. No fue capaz de evitar tres grandes conflictos que originaron grandes pérdidas y en los que intervinieron directamente las superpotencias: La guerra de Corea, la de Vietnam y la de Afganistán. Las Naciones Unidas fueron simples espectadores en cuatro contiendas entre árabes e israelíes y no desempeñaron actividades perceptibles durante dos conflictos armados entre la India y Paquistán. Tampoco en el segundo campo de actividades en el que, en 1945, se habían propuesto actuar las Naciones Unidas -el del desarme- registraron éxitos realmente dignos de mención.

Es cierto que se concertaron acuerdos: el Tratado de la Antártida (1961) y el Tratado sobre Astronáutica (1967), así como el de renuncia parcial a las pruebas atómicas (1969), que obligaban a las potencias atómicas, los cinco países con derecho a veto del Consejo de Seguridad, a renunciar a acciones, que al fin y al cabo no ambicionaban. La espiral armamentista siguió girando con creciente rapidez. Ni siquiera los acuerdos concerta-



dos directamente entre las dos superpotencias (Salt I, en 1972, Salt II, en 1979) contribuyeron a cambiar esta situación. Cierto es que hicieron que el mundo se sintiera algo más seguro, pero apenas vaciaron los almacenes de armas. Al término de la guerra fría, los arsenales de los EE. UU y la Unión Soviética albergaban alrededor de 50,000 armas atómicas de todos los calibres y alcances.

Por paradójico que parezca, el que la guerra fría no haya llegado a desembocar nunca en un conflicto bélico es gracias a la misma existencia de las armas nucleares, mas no al poder pacificador de las N. U. La lógica de la bomba atómica obligó a los protagonistas del conflicto Este-Oeste a adoptar una posición discreta y precavida. Fue así como, según Churchill, la supervivencia se convirtió en hermana gemela de la destrucción. En un principio se observaron intentos de modificar el "status quo" mediante presiones y amenazas, sobre todo en el marco de las dos crisis berlinesas de 1948/49 y 1958/61, así como también durante la crisis de Cuba, en 1962. Más tarde, también los gobernantes del Kremlin se doblegaron ante la lógica nuclear. Washington y Moscú se vieron condenados a la coexistencia pacífica, que, por poco satisfactoria que fuera, anidaba la única esperanza de cambio.

Con el advenimiento de los años 1989/90 se cumplió esta esperanza. Renació la confianza en que a partir de entonces, la ONU desempeñaría el papel que sus fundadores le habían asignado en 1945. Durante los últimos años de la guerra fría ya había supervisado la retirada de las fuerzas soviéticas de Afganistán y el armisticio entre Irán e Irak; también había asumido un papel conciliador y supervisor en Mozambique y Angola, en El Salvador, Namibia y Sahara Occidental.

Una vez más, los idealistas volvieron a soñar con un mundo único. Muchos contemporáneos veían ya al alcance de la mano el estable-

cimiento de un nuevo orden mundial. Y una vez más las realidades de la vida internacional defraudaron las esperanzas. Fue el Presidente de los EE. UU., George Bush, quien en 1990 proclamó el "nuevo orden mundial". Se trataba esta vez de recuperar Kuwait de las garras del dictador irakí Saddam Hussein, quien se había apoderado del país, y castigar al agresor de tal forma que nunca más pudiera ocasionar daños. Ninguno de los miembros permanentes en el Consejo de Seguridad se opuso. A principios de 1991 Irak fue abatido, en un espacio de 42 días, por un ejército internacional compuesto por un efectivo de 795,000 hombres.

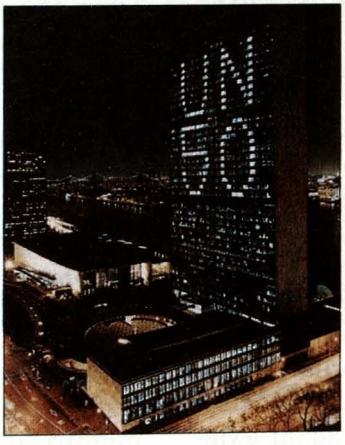
En la nueva era actual que siguió a la guerra fría, esta acción disciplinaria contra Bagdad fue considerada como un prometedor modelo para el futuro. De forma igualmente enérgica se procedería contra cualquier país que pusiera en peligro la paz, violara el derecho internacional o atentara contra los derechos humanos. Sin embargo, desde un principio los observadores realistas pusieron esta tesis en tela de juicio, quedando visible que no volvería a contarse más con el consenso de todos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Poco después, empezó a ponerse en duda si en casos posteriores se volvería a encontrar un pionero dispuesto no sólo a crear la coalición, sino a aportar además el mayor esfuerzo bélico.

Los acontecimientos de los últimos tiempos han demostrado que cuando menos se ven afectados directamente los intereses de las potencias, tanto menos probable resulta su compromiso. Esta afirmación es válida, sobre todo, en aquellos casos en que no se trata de conflictos interestatales, sino de guerras civiles, como ocurre hoy en la mayoría de los casos. Sería de esperar, que el mantenimiento de la neutralidad se convierta en la regla y la intervención en la excepción.

En primer lugar, las misiones de la ONU en Camboya, Somalia y en Yugoslavia especialmente, han despertado grandes dudas en torno a la eficacia de las acciones de los cascos azules. Y las atrocidades de Ruanda han subrayado tanto la necesidad como la dificultad de estas intervenciones. En segundo lugar, el tremendo número de casos de emergencia rebasa los límites de la capacidad de la ONU. Poco se habla ya de intervenciones de caracter humanitario desde que las misiones fracasadas se han vuelto tan numerosas. Desde 1988, la ONU ha llevado a cabo más misiones de paz que entre 1948 y 1987. Poco menos de 10,000 cascos azules participaron en ellas en 1987, y 75,000 seis años más tarde. Los costos de estas misiones se han multiplicado por quince en los cinco primeros años posteriores a la guerra fría, cifrándose actualmente en casi cuatro mil millones de dólares al año. Y en tercer lugar, la ONU tampoco está en condiciones de cumplir

sus tareas paralelas consistentes no sólo en la prestación de ayuda militar, sino, además, en vigilar el mantenimiento de los derechos humanos, apoyar a los fugitivos y retornarlos a sus países, organizar elecciones y promover el desarrollo económico social. En su "Agenda para la Paz", el Secretario General Boutros Ghali amplió, en junio de 1992, el catálogo tradicional de tareas de la ONU, al sumar a ellas la prevención de conflictos, el aseguramiento de la paz y la consolidación de la misma. No obstante, la realidad le ha convencido de que un programa tan ambicioso tiene pocas probalidades de realización en un mundo como el nuestro.

Cincuenta años después de la asamblea de San Francisco, el Foro y la comunicación, el surgimiento de las Naciones, integrado hoy por 185 miembros, ha llegado a la misma conclusión que en sus primeros tiempos: el mundo sigue estando dividido en dos. Dividido en una zona de paz, democracia, respeto a los derechos humanos, orden cívico de una economía internacional, la desaparición de las fronteras en el ámbito de la técnica, los desafíos del medio ambiente, etc. Pero al mismo tiempo, la humanidad experimenta un retorno al nacionalismo, al regionalismo, al orgullo tribal, huraño y agresivo. Contra las grandes unidades se enfrentan otras más pequeñas y el pluralismo tolerante es combatido por las limpiezas étnicas. Conciencias exageradas de identidad dan lugar a luchas cul-



y bienestar; y en otra zona de disturbios, regímenes autoritarios, violaciones de los derechos humanos, turbulencias que llegan a la anarquía. Cierto es que son muchos los factores que apuntan hacia su unidad, como por ejemplo, el comercio turales. Lo cierto es, finalmente, que "un mundo para todos" constituye el objetivo a largo plazo, quedando en tela de juicio si nuestro mundo de Estados llegará a convertirse algún día en un Estado mundial único.